

Cara y cruz de nuestros pueblos

El problema cultural del campo

Lo primero que hay que decir es una verdad de Perogrullo: que el nivel cultural y la renta familiar están en proporción directa, a mayores posibilidades de fortuna, mayores posibilidades culturales. Una cosa escandalosa en pais civilizado y cristiano, pero cierta. De modo que el viejo refrán que rezaba refiriéndose a la necesidad de castigo corporal en la escuela: «la letra con sangre entra» y que es una solemne majadería, debe ser sustituido por este otro slogan verdaderamente exacto: «la letra con dinero entra». Por eso carece de letras este medio incluso y a fortiori, un pequeño labrador y un obrero, no pueden permitirse el lujo de que sus hijos hacen absoluta falta para llevar pan a casa. Todo lo que quiere decir que hasta la formación primaria deja bastante que desear, aunque todos esos hombres procuran que sus hijos sepan leer y escribir y resolver problemas elementales de aritmética. Si disponen de un poco de dinero, les pagan clases suplementarias, a título particular. Tienen, pues, conciencia de que la cultura importa y ello quiere decir que están en el buen camino, porque la cultura comienza allí donde un hombre comienza a preocuparse de sus problemas y de su situación.

este modo se soluciona el problema cultural del campo, arrancando de él para situarnos en otras clases sociales a los mejores de entre los niños de la escuela, porque, en ese caso, lo que se hace es privar al campo de sus dirigentes naturales y empobrecerle aún más. La cultura, que es un patrimonio humano, debe pues ser ofrecida al hombre campesino en su propio ambiente y para desarrollar espiritualmente este ambiente.

El analfabetismo ha descendido enormemente y de ello es una señal, más elocuente que todas las estadísticas, ese tremendo contraste entre unas cuantas generaciones campesinas: el abuelo no sabe leer, ni escribir; el padre lee y escribe, no sabe, ni lo que lee, ni lo que escribe; el hijo sabe lo que lee y sabe expresarse con la pluma. Torpemente, pero sabe. Y siente curiosidad. A veces no toda la que debía sentir, pero la verdad es que el mundo de los libros le parece tan lejano como el sueño de un tractor. Es víctima de un complejo de inferioridad y fatalismo: se cree cerrado de mollera y adserito a destripar troncos como por ley natural y esa misma es la opinión que tienen de él los llamados hombres cultos en general, pseudointelectuales que consideran, como dice Antonio Machado, que el pueblo no puede comprender a Platón, simplemente porque nunca se le ha explicado. Opinan que, en su lugar, ese pueblo debe recibir una bazofia apropiada a sus entendederas, y que algunos de esos listos llaman cultura popular: noveluchas, recortes zazzueleros, teatro estúpido, cine increíblemente majadero, etc.

Pero, para vencer ese otro prejuicio ciudadano de que analfabetismo y agrarismo se corresponden, bastará hojear ligeramente algunos datos estadísticos y comprobar que, provincias con un índice de ruralidad muy alto, como Guadalajara, no daban en 1954 un índice muy alto de analfabetismo, mientras Jaén, con un índice de ruralidad relativamente pequeño, arroja un nivel de analfabetismo muy alto. Lo que ocurre es que en Guadalajara está mejor repartida la riqueza que en Jaén, y es, como decía, cultura y renta las que están en directa proporción. Otro tanto ocurre en la misma Castilla: la mancha de incultura es mayor allí, donde también es mayor la miseria: pueblos primitivos y pobriscos frente a pueblos de riqueza mejor distribuida y suficiente.

La enseñanza técnica, por otra parte, está ausente totalmente del campo castellano. Ingenieros y peritos viven en la ciudad y el campesino siembra aquello que cree conveniente, deja barbechos, abona como cree conveniente. Como su padre, su abuelo y su bisabuelo del tiempo de los romanos. Sin base científica alguna. Los cursos de enseñanza agraria acelerada, ya entrevidos por Jovellanos en el siglo XVIII, tratan de poner remedio a esto, pero su extensión y actividad es aún muy limitada.

Los periódicos, las revistas, la radio y la televisión han llegado a casi todas partes y están en franco aumento. Su influjo se va notando. Pero por ahora casi solamente son un estímulo más para animar a marchar adonde sean, a esos lugares tan hermosos, contemplados en la pequeña pantalla, en los que «disfrutan un poco de la vida» y en los que «el chico pueda hacerse hombre» y la chica «colocarse en algo y vestir decentemente». Probablemente la ascensión cultural del campo va a comenzar, está ya comenzando, por las mujeres. Comienzan a imitar bastante aceptablemente los modos de vestir y de afeitarse, de comer y de trato social y con una propia originalidad. Ocurrirá lo que en la Edad Media:

que fueron las mujeres las que enseñaron a aquellos brutos a no comer con los dedos y a no regalar en la mesa. Pero estos lujos solo son posibles en los pueblos más adelantados. En muchos todavía han de calzarse abarcas esas mismas mujeres que se comen con los ojos los zapatos y los vestidos de las señoritas de la televisión. Y de todos modos siguen existiendo cosas abominables, como las capeas de novillos y vacas que parecen cursos intensivos para la barbarie y la estupidez, y los quintos, o mozos, que marchan al servicio militar, hacen alarde de gamberrismo cada año de una manera no superior, esa es la verdad, al gamberrismo de los señoritos, pero que desata más. El consumo de vino ha bajado, pero el beber sigue siendo todavía una «prueba» de masculinidad.

Pero, por otra parte, junto a esta inopia cultural, existe viva una característica sensibilidad y mentalidad que Pío XII llamó «humanismo rural» y que forma parte de esa parcela de la cultura humana que es la cultura popular: ese sentido del trabajo, de la solidaridad, de la profunda igualdad humana («a más es más que nadie»), de la individualidad poderosa, del ritmo y misterios de la Naturaleza y de la esperanza. Y ese peso de un saber medieval sobre todo teológico, tan vigente aún, que, en estos pueblos castellanos, subsiste el eco de viejas teorías filosófico-teológicas y hasta de aquellas jocosas narraciones, llamadas crisis paschalis, que los viejos curas del medievo contaban a sus fieles por Pascua florida y que conservan un auténtico valor teológico y moral y son tesoro inapreciable para un investigador de la cultura.

Este es el tesoro que hay que salvar a la vez que abrir a los campesinos las puertas de la cultura intelectual para que la aproveche en la medida de sus posibilidades individuales. La historia y la geografía, la física mecánica y la astronomía, les atraen poderosamente. Hacer ahora una estadística sobre escuelas — tan escasas aún —, maestros, pésimamente retribuidos; asistencia bajísima o hasta de salas de cine, sólo serviría para ennegrecer aún más este negro cuadro de Castilla, donde los trigos se secan por falta de regadíos y las inteligencias se amodoran por falta de dinero. Y de atención y generosidad de otros sectores sociales, más afortunados y egoístas.

JOSE JIMENEZ LOZANO



EL CABALLO DE TROYA

El pueblo de Castilla y sus comunicaciones

NADIE duda de que gran parte del fabuloso progreso del mundo moderno, esa carrera de inventos hacia lo desconocido que caracteriza nuestra civilización, se debe al sistema, cada vez más perfecto, de los medios de comunicación entre los pueblos. Todo lo que hoy llamamos civilización y progreso, mágicas palabras sacadas a la luz por la ciencia humana, entra en las comunidades de los hombres a través de un medio material de transporte, llamense ferrocarriles, carreteras, aviones, grandes barcos mercantes, etc. Allí donde un hombre puede entrar en contacto con otro semejante, distante de él, a través de una comunicación, existe cultura y civilización. Si una comunidad humana está atrasada, deprimida corporal y espiritualmente, en estado de incultura, es que, fatalmente, alrededor suyo se haya levantado el silencioso y tenebroso telón de la in-comunicabilidad. Echamos un vistazo sobre nuestra cercana geografía. Las naciones, regiones o pueblos que gozan de un alto nivel de vida, poseen una gran red de buenas comunicaciones entre sus comunidades grandes y pequeñas. Aquellas otras que en su desarrollo viven a años de distancia de las primeras, están siempre carentes de buenos y adecuados medios de comunicación. Claro es que este argumento se le puede contradecir alegando que la comunicación se crea cuando existe riqueza,

pero también es verdad que la riqueza es un medio transportable. No vamos ni pretendemos extendernos aquí, en el breve espacio de unas líneas, en datos estadísticos sobre las comunicaciones de los pueblos de Castilla. Sólo deseamos constatar un hecho de sobra conocido para aquellos que han andado los caminos de la meseta o de la Tierra de Campos. Cierta es que muchos pueblos poseen estación de ferrocarril y que otros muchos tienen líneas regulares de autobuses, pero no es menos cierto que en esas comunicaciones lo único que hacen, la mayoría de las veces, es comunicar el pueblo con la capital o con algún otro centro importante, abandonando las comunicaciones de los pueblos entre sí y que otros muchos de esos pueblos están aislados, casi por completo, del resto de las demás comunidades. Si a esto añadimos el estado en que se encuentran muchas carreteras de ínfima categoría, los caminos, polvorientos en el verano y convertidos en barrizales el resto del año, tendremos el resultado de esa trágica estampa de mucho de esos pueblos castellanos sumidos en un invierno rodeado de barro y de hielo sin posibilidad de evasión por el mal estado de sus comunicaciones.

Será vital para el resurgir de Castilla, si es que de verdad se quiere hacerla resurgir y resucitar de en-

tre los escombros de su miseria, dotarla no sólo de más caminos y frecuentes medios de comunicación, con los capitales y otros centros importantes, sino también hacer posible que los pueblos puedan comunicarse entre sí, creando nuevos medios, construyendo caminos y carreteras accesibles, poner, en una palabra, al hombre en comunicación con el hombre. El tedio es un enemigo mortal de las pequeñas comunidades; nuestros pueblos son eso, pequeñas comunidades, y sufren de tedio, a la par que de otras muchas cosas, pero este tedio es remediable, en gran parte, haciendo posible el comunicarse con un pueblo próximo, haciendo accesible el traslado de uno a otro lugar. Quien sale de un pueblo aislado, o no vuelve o le cuesta mucho volver a él. Quien, por el contrario, encuentra comunicación cómoda con su pueblo y el resto del mundo, no le importa ni le cuesta vivir en su tierra. Algunos ha dicho que Castilla es solitaria. Solitaria a la fuerza, con esa soledad que da el verse rodeada de barro, de lluvia, o del polvo blanco de sus caminos. Sólo cuando se construyan más caminos, cuando se acrecienten las comunicaciones, cuando se limpien sus veredas de polvo y barro, los pueblos de Castilla podrán borrar de su cotidiano sueño el fantasma de la in-comunicabilidad de sus habitantes.

JOVIER PEREZ PELLON

:-: Subempleo y paro estacional :-:

RESULTA difícil el manejar datos estadísticos que muestren, exacta o aproximadamente, el desarrollo de empleo y los niveles de salario en el país. El problema se agudiza mucho más cuando se trata de conocer la situación del jornalero en el campo. Las cifras indican un paro involuntario en España por debajo de las 100.000 personas actualmente, proporción que parece no responde a la realidad. Posiblemente sea más elevado. Se destaca que los sectores donde la desocupación reviste mayor importancia son los agrícolas y forestales.

Al margen de las cifras, conviene no olvidar que las características del campo español hacen que, sin que se señale un paro total, existan circunstancias que elevan temporalmente el número de parados en forma

considerable. Quizá la más acusada sea el paro estacional. Es excepción la de aquellos asalariados que tienen trabajo fijo durante todo el año en las actividades agrarias. Gran parte de los mismos, laboran un número irregular de fechas del año, que a veces no rebasan los cuatro o cinco meses. Además sucede que las mejoras salariales comienzan a dibujarse en las ciudades, para pasar últimamente al campesinado que, tras de carecer de sueldo fijo durante parte del año, ve sus esfuerzos recompensados en proporción muy inferior al del peonaje de las grandes urbes. Hay que descartar, por excepcionales, épocas que, como la de la recolección, ofrecen unas superiores ventajas al trabajador agrícola, al escasear la mano de obra.

No es extraño, pues, que el éxodo de la mano de obra agrícola se venga filtrando en la ciudad desde hace varios años. Durante el año 1960 y hasta la fecha, esta riada que abandona los pueblos ya no parte solamente hacia la urbe. Gran parte de la emigración europea está compuesta por núcleos arrancados de un campo que, muchas veces, no ofrece la menor garantía de empleo seguro.

La mecanización del campo no ha avanzado satisfactoriamente en estos años. Y así ocurre que, junto a zonas donde sigue subsistiendo el paro más o menos encubierto, existen otras en las que la marcha del productor agrícola plantea el grave problema de la escasez de brazos para las faenas más elementales del campo.

La falta de atractivos que ofrece en la actualidad el campo español hace inexorablemente que sea poco menos que imposible a retener el potencial humano que busca mejores condiciones de vida.

La despoblación de la aldea viene creciendo en forma progresiva y concretamente en Castilla se acusa con rasgos sintomáticos.

La gran industria, que tiende a expandirse con mayor magnitud por toda la nación, acabará arrastrando tras de sus superiores niveles de vida a buena parte de los remisos, que, por un humano deseo de permanecer junto a la tierra, siguen soporandose frías condiciones de subdesarrollo. El equilibrio en-

tre industria y agricultura no existe. Las ventajas de todo orden están a favor de la industria. Sin embargo, no puede olvidarse la característica esencialmente agrícola de España. La población activa ocupa en el campo representa el 44 por 100 de la cifra activa total. La rentabilidad del producto agrario es baja. Francia, país en el que la agricultura ocupa un prominente lugar, consigue, en relación con España, cifras de productividad que llegan al 100 por 100, en tanto que nuestro país no llega al 50 por 100, sin tener en cuenta, además, que dedica mucho menos personal el vecino pueblo para las tareas del campo.

M. A. P.

URBANISMO

Viviendas en los pueblos

LA construcción de viviendas ha avanzado con cierto vigor durante los últimos años. Bien es verdad que las cifras no son excesivamente brillantes, sobre todo si las comparamos con otras de diversos países europeos. Tampoco se ha conseguido acabar con la penuria de habitaciones en las ciudades, aunque el ritmo vaya adquiriendo mayor intensidad como lo demuestran estas cifras:

Viviendas construidas en	1958	1959	1960	1961
.....	77.000	112.000	128.000	450.000

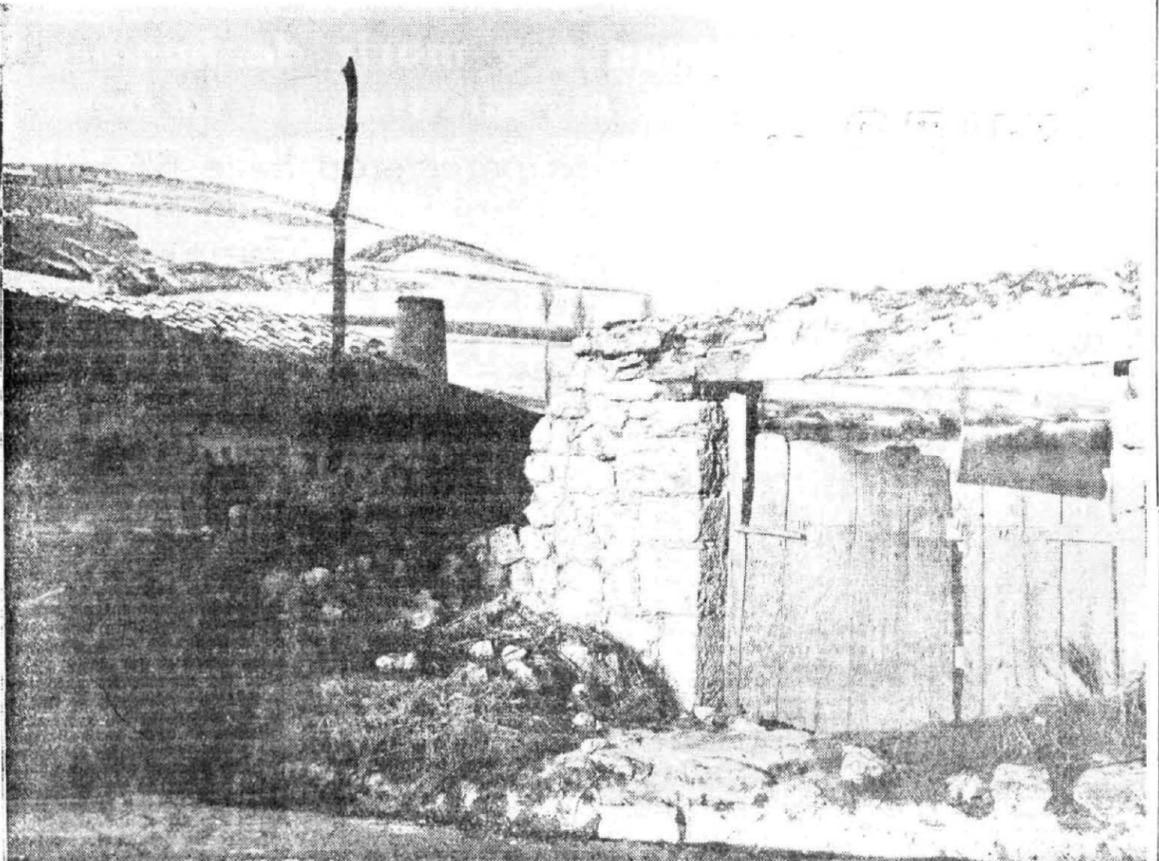
Ahora bien, ya en 1961 se estimaba que el número de viviendas que se estaba construyendo en Madrid era superior a las 100.000, cifra que quizá no sea elevada en cuanto a las necesidades de esta capital, pero indudablemente revelan un macrocefalismo sintomático. Se reconoce, además, que la construcción de viviendas se orienta hacia ciertos tipos de explotación. El apoyo del Estado ha significado un buen programa para algunas empresas constructoras, especialmente para las dedicadas a levantar viviendas de lujo o semilujo y, naturalmente, en la venta de pisos. Se viene subestimando la construcción de viviendas para los sectores de población con rentas bajas. Puentes bien informados aseguran que el sistema mediante el cual se satisfacen subvenciones a los constructores, tales como las destinadas a «viviendas subvencionadas» no parece haber conducido a la deseada concentración de la construcción en las esferas en que las necesidades son más agudas.

Así sucede, efectivamente, en los grandes núcleos ciudadanos, si bien algún efecto ha tenido la descongestión creada por las nuevas construcciones. Sin embargo lo que podríamos denominar el sector más numérico con rentas bajas radical en los pueblos. La ayuda estatal ha recaído en mucho menor grado de intensidad sobre los sectores agrícolas. La construcción campesina — no hace falta recordarlo — ofrece generalmente mínimas condiciones de habitabilidad. La cordidez y el abandono son comunes; las normas elementales de la higiene no se cumplen. El éxodo a las ciudades tiene, quizá como una de las principales causas, ésta de la penosa situación en que se encuentran las viviendas.

Se habla de programas rurales de autoayuda. Estos programas tratan de buscar la fórmula para que el campesino colabore en la construcción de su propia casa. Sin que restemos importancia a este sistema, nos parece que el problema es mucho más hondo. La primera de las condiciones precisas para lograr retener al labrador junto a sus tierras ha de ser la de una vivienda digna. Sobre una literatura de la ciudad en la que se exaltan valores rurales, el adobe y la espadaña y todas esas zarandajas de quienes escriben al calor de las calefacciones urbanas.

No existe en nuestros pueblos un típico problema de la vivienda, tal como se plantea en la ciudad. Son muchos los pueblos de Castilla que se van quedando desocupados. Incluso se ofrecen viviendas sin alquiler a fin de evitar su desmoronamiento progresivo. Esta es la verdad. Por otra parte, paradójicamente, faltan viviendas dignas para hombres que viven en el siglo de los viajes espaciales.

M. A. P.



CUBIERTAS PREFABRICADAS CUPRE

empuestas de cerchas y viguetas de hormigón armado LIGERAS-ECONOMICAS

Se fabrican en luces de 5 a 30 metros

PROPIAS para ALMACENES, GRANEROS, VAQUERIAS, ANES GALLINEROS y NAVES INDUSTRIALES

Mariano Miguel López, 2 Teléfono 27380. Valladolid

Pidan folletos y presupuestos sin compromiso